Domingo 15 de Enero de 1899 MONTEVIDEO Año III — 2.ª Época — Núm. 44

LA ALBORADA

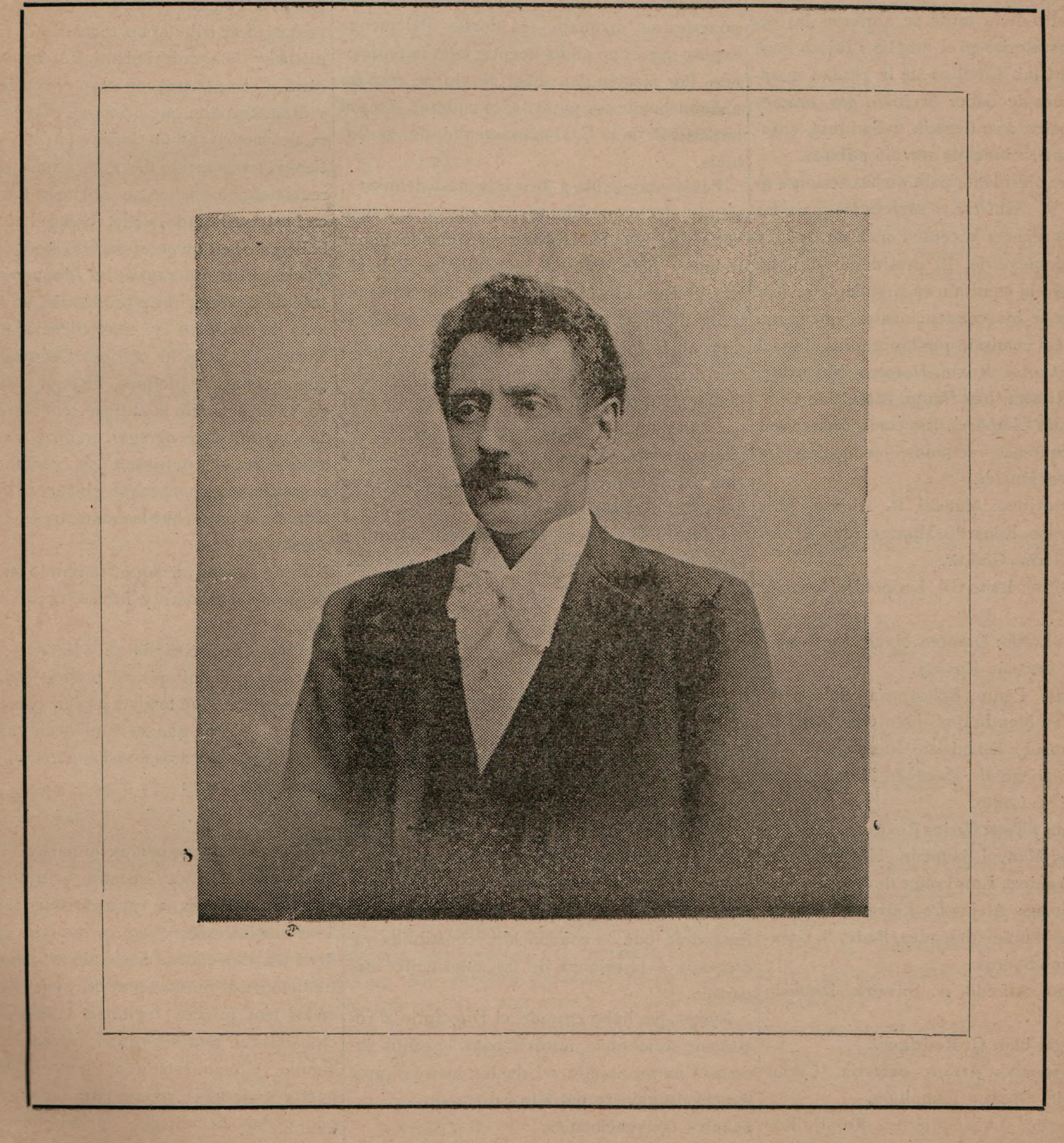
SEMANARIO POLÍTICO, LITERARIO Y SOCIAL

Redacción y Administración
Calle Convención, No. 82

DIRECTOR - REDACTOR
CONSTANCIO C. VIGIL

Administrador
Agustín Salom

ALBUM REVOLUCIONARIO



Doctor Duvimioso Terra

DELEGADO DEL COMITÉ DE GUERRA EN EL «EJÉRCITO NACIONAL»

SUMARIO

LA GRAN CONVENCIÓN NACIONALISTA

Instaurada en San José el 8 de Enero

A las cuatro de la tarde se abrieron las sesiones preparatorias en el amplio y lujoso local que fué del Club Católico de la ciudad maragata, después de haber recibido los señores convencionales, á su llegada á San José, entusiastas demostraciones de aprecio público.

Nombróse presidente para dichas sesiones al señor Juan R. Albístur, y secretarios para las mismas á los señores Vicente Ponce de León y Eduardo Monteverde. El presidente designó acto continuo la comisión encargada de revisar los poderes de los convencionales, quedando constituída esa comisión por los señores Manuel R. Alonso, Carlos Roxlo, Doroteo Navarrete, Solano A. Riestra, José Canto, Estanislao González y Nicolás Chápores. Esa comisión informó sobre los diplomas recibidos, reconociéndose como convencionales:

Por Montevideo: Manuel R. Alonso, Luis Pedro Lenguas, Eduardo Monteverde, Arturo Berro y Guillermo Clulow.

Por San José: Isaac Gil, Leopoldo González Lerena.

Por Cerro Largo: Doroteo Navarrete, Ismael Velázquez y Germán Roosen.

Por Florida: Pedro Echeverría, Solano A. Riestra, Pedro Mendizábal, Juan Guglielmetti.

Por Maldonado: Estanislao González.

Por Salto: Diego M. Martínez, Domingo L. Marote, José A. Canto.

Por Treinta y Tres: Carlos Roxlo.

Por Flores: Manuel Baquedo, Héctor Bosch, José María Aguirre, Luis Ponce de León.

Por Canelones: Alejandro Piovene, Ambrosio Carranza, Manuel Meléndez, Pedro S. Casaravilla, Regino Soccas.

Por Soriano: Alfredo A. Silveira, Dionisio Viera.

Por Río Negro: Juan G. Rodríguez.

Por Tacuarembó: Arturo Semería, Carlos Roxlo, Gabriel Orgaz y Pampillón.

Por Paysandú: Luis Gutiérrez, Rosalío Rodríguez.

Por Colonia: Mario L. Gil, Alberto Palomeque y Evaristo G. Ciganda.

Por Rocha: Francisco H. López, Miguel Pereira, Antonio Arrarte y Nicolás Chápores.

Por Durazno: Francisco L. Olascoaga, Juan R. Albístur, Ignacio Mena y Juan N. Zavala.

Por Minas: Juan R. Albístur, Alfredo Vidal y Fuentes, Dionisio Ramos Suárez y doctor Vicente Ponce de León.

Por Rivera: Jacinto D. Durán, Ignacio Mena y doctor Luis M. Gil.

El señor Carlos Roxlo pidió acto contínuo la palabra y manifestó que siendo convencional por Tacuarembó y Treinta y Tres, elejía este último por razones de afecto y gratitud.

Enseguida el doctor Palomeque pidió lectura de sus poderes por la Colonia; y como en éstos la comisión departamental exijía á sus delegados que le comunicasen telegráficamente lo que se tratase en la comisión para asesorarles é imponerles su mandato,—el doctor Palomeque expuso que él no podía aceptar tales imposiciones. Por moción del señor Roxlo se rechazó unanimemente esa parte de los poderes, ó sea la imposición de la C. Departamental de la Colonia.

Pasóse enseguida á formar la mesa definitiva, siendo electo presidente por cuarenta y siete votos don Juan R. Albístur; vice presidente por treinta y siete votos, el señor Pedro Echeverría, y secretario por cuarenta y ocho votos, el señor Vicente Ponce de León. Quedó reconocido también como secretario, por haber actuado con dicho cargo en la convención pasada, el doctor Arturo Berro. Tuvieron además un voto para presidente el señor Echeverría y otro el señor Riestra. El doctor Isaac Gil tuvo otro voto para vice presidente. El señor Riestra tuvo dos votos para secretario.

Constituída la mesa, el señor Luis Ponce de León hizo moción para que la convención decretase que bastaban treinta convencionales para que la Asamblea se considerase en quorum y pudiese resolver como tal. Impugnaron esta moción los doctores Diego Martínez y Alberto Palomeque, sosteniéndola los señores Lenguas, Roxlo, Gil y Francisco H. López, quien propuso que el quorum fuera de treinta y cinco convencionales. Así se resolvió por una gran mayoría de votos.

Se nombró enseguida una comisión compuesta de los señores Manuel R. Alonso, Pedro Echeverría y doctor Alfredo Vidal y Fuentes, para que se apersonasen al Directorio, manifestándole que la convención, constituída ya, esperaba á la primera de las autoridades del partido.

Luego que hubo entrado el Directorio al recinto de sesiones se resolvió pasar á sesión secreta. Una vez abierta, el doctor Juan Gil pronunció el siguiente patriótico discurso:

Señores convencionales:

La solemnidad del momento histórico porque atraviesa la república, y la trascendental gravedad de los problemas políticos que agitan y preocupan á todos los espíritus han decidido al Directorio á convocaros extraordinariamente. Vosotros, que representáis directamente la soberanía del partido, y que tenéis las impresiones y los anhelos de nuestros correligionarios de todos los ámbitos del país, sois los más habilitados para dictar soluciones acertadas que consulten los altos intereses de la nación y para señalar rumbos políticos que lleven al partido á la realización de sus grandes ideales.

Señores convencionales:

En nombre del Directorio, tengo el honor de saludaros y de daros la bienvenida, deseándoos grata permanencia en esta hermosa ciudad, siempre amiga, siempre esforzada y siempre leal á nuestra causa; y cumplido con vosotros, este agradable deber de cortesía, os pido me acompañeis á cumplir otro, triste, pero ineludible, cual es el de tributar un recuerdo de cariño, de piedad y de agradecimiento á dignísimos y meritorios compañeros, de cuyo concurso, valioso y desinteresado, que tanto necesitaríamos ahora, nos ha privado un destino cruel, en el corto tiempo transcurrido desde la última vez que os reunísteis; entre ellos, aquel Diego Lamas, nunca bastante llorado, aquel Lamas heroico y caballeresco, en quien el partido simbolizaba sus glorias y sus esperanzas; el doctor don Juan José de Herrera, que representaba un largo pasado de probidad y consecuencia; el coronel Nicasio Trías y el coronel Celestino Corbo, que ancianos y enfermos, hicieron, sin embargo, valerosamente la última redentora campaña; y permitidme agregar, que las virtudes de todos ellos, su entusiasmo, su constancia y abnegación, son una prueba elocuente de que el alma de la patria que los animaba es el alma de nuestro partido.

Honremos su memoria, imitando su conducta; seamos patriotas y firmes, como lo fueron ellos.

Señores convencionales: sois una asamblea soberana, y en mi opinión podreis tratar todas las cuestiones que tengais á bien: pero cúmpleme manifestaros, que las que decidieron al Directorio á convocaros á sesiones extraordinarias son las siguientes:

. . . .

. . . .

Señores convencionales: el país y el partido mucho esperan de vuestro patriotismo, de vuestra prudencia, de vuestro reconocido culto á las instituciones; vosotros sabreis comprender á esa espectativa, haciendo así honor á las tradiciones de nuestro partido y encuadrándoos en las más puras y legítimas aspiraciones nacionales; con esta seguridad, os reitero la bienvenida, y manifestándoos que el Directorio queda á vuestras órdenes para toda aquello en que podais necesitarlo, declaro inauguradas las sesiones extraordinarias de la convención del Partido Nacional.

He dicho.

Continuando sus sesiones, la Honorable Convención entró á deliberar con altura y patriotismo, produciéndose brillantes piezas oratorias.

En definitiva, la patriótica asamblea, inspirada en los más puros sentimientos democráticos, condensó sus anhelos, su amor á la república, su abnegado civismo, en el viril y noble manifiesto que honra á continuación estas columnas. La Convención ha reflejado en los propósitos que ratifica, el levantado espíritu que palpita en la enseña del partido Nacional, y ha sabido hacer carne la divisa del credo: Nada pedimos para el partido, que no sea al mismo tiempo el bien de la república.

He aquí el manifiesto, ante cuyas solemnes cuanto patrióticas declaraciones, el aplauso sincero de todos los nacionalistas es la mejor señal de aprobación que puede presentársele:

LA CONVENCIÓN DEL PARTIDO NACIONAL
Á SUS CORRELIGIONARIOS Y AL PAÍS

La convención del partido nacional, en uso de sus facultades soberanas, y atendiendo á la solemnidad de los momentos actuales, en que el país, despues de un período político de extraordinaria agitación, va á entrar en la normalidad del régimen institucional, cree de absoluta necesidad reiterar una vez más á sus correligionarios, los propósitos fundamentales que informan su programa y que inspirarán su conducta ante los graves problemas en cuya resolución está llamado á colaborar en el presente y el futuro.

Esos propósitos son en alto grado impersonales y elevados, guardan perfecta armonía con el espíritu libre é igualitario de las instituciones republicanas, que dan existencia política á nuestra nacionalidad y tienden, en definitiva, á la plenitud de la vida institucional, á la felicidad y al engrandecimiento de la patria.

Partido de orden de paz, de conciliación y de trabajo, tan celoso del ejercicio de sus derechos políticos, como fiel al cumplimiento de los deberes que le son correlativos, el partido Nacional, que profesa de antiguo el más austero culto á la Constitución y á las leyes, no ha pugnado en la teoría y en la práctica, sólo para asegurar á una parte de los orientales los beneficios que fluyen del régimen republicano de gobierno; pues, lo mismo al formular su luminoso programa de principios del año 1872 que al levantarse en armas en Noviembre de 1896 y en Marzo de 1897, contra un régimen funesto usurpador de la soberanía nacional y proscribiendo de la dirección de los asuntos públicos el ejercicio libérrimo de los derechos cívicos, de la probidad administrativa y de la moral política, ha servido con sus ideas y con los sacrificios de sangre de sus afiliados, á los más nobles anhelos del país entero, ávida de poner término á la larga serie de sus infortunios, para entrar definitivamente en una era de reconstrucción, de legalidad y de verdad republicana.

De acuerdo con estos propósitos, la convención declara:

1.° Que la reconstrucción institucional del país, debe efectuarse precisamente en las fechas establecidas por la Constitución. En consecuencia, el cuerpo legislativo deberá instalarse el 15 de Febrero próximo, haciendo ese mismo día entrega del mando el señor presidente provisional al presidente electo por el Senado, y procediéndose el 1.° de Marzo á la designación del primer magistrado de la república.

2.° Que es acto de estricta justicia, de patriotismo, de previsión y de cordura, desterrar de la acción gubernativa toda práctica de política estrecha de partido ó de círculo, siendo evidente aspiración del país que se realice una política ampliamente nacional, de verdadera coparticipación, que propenda como primer resultado á la reconciliación de todos los orientales y su colaboración en la labor pública, lo que constituirá á la vez la más sólida y eficaz garantía de la estabilidad de la situación política que debe inaugurarse el 1.° de Marzo.

En consecuencia, la convención considera de todo punto indispensable para que el partido Nacional preste su decidido concurso á cualquier situación, no sólo conservar las condiciones del pacto de Setiembre, sino también darles una base más amplia y equitativa, en armonía con la importancia de nuestra colectividad y el apoyo que actualmente presta y seguirá prestando á la consolidación de la paz y del orden en la república.

3.° Declara asimismo la convención que, asegurada la estabilidad de la situación y constituídos los poderes públicos, deben estos entrar sin demora á iniciar las reformas y mejoras de todo género que los altos intereses del país imperiosamente reclaman, y entre las cuales considera de mayor urgencia las siguientes:

Siendo el ejército de línea la representación de la fuerza de la nación al servicio de la patria, debe procederse á su disminución, ajustando su funcionamiento á un presupuesto permanente, de paz y no de guerra, sólo justificado este último en los períodos de alteración del orden público, y propender á su organización racional, aboliendo una vez por todas el carácter que hasta ahora conserva de institución partidista, debiendo ser esencialmente nacional.

Condenación enérgica de la forma atentatoria de remonta del ejército, llamada leva ó caza del hombre, que además de constituir la más absoluta privación de las garantías individuales, impuesta á los ciudadanos de un país libre, produce el ruinoso resultado económico de arrojar al extranjero la parte más activa, viril y trabajadora de la población nacional, aquella precisamente que en la paz estimula las fuentes de producción, acrecentando la riqueza del país y en la guerra sería el más fuerte defensor de la integridad política contra la agresión extranjera.

Convocatoria de la Guardia Nacional en los períodos determinados por el Código Militar, como la más sólida garantía de la paz y de un gobierno constitucional y de opinión.

Reducción del presupuesto general de gastos de la nación á las estrictas necesidades de los servicios públicos, suprimiéndose las oficinas de lujo, así como el numeroso personal sin cometidos precisos, que no llenan una necesidad sentida en el organismo administrativo, y reduciéndose á su menor expresión todas las erogaciones provenientes de las clases parasitarias,

La Convención confía en que los legisladores nacionalistas pondrán de su parte su más decidida voluntad y su más plausible celo de ciudadanos en el sentido de realizar en el más breve período de tiempo estas legítimas aspiraciones del partido Nacional, que se identifican en un todo con las supremas aspiraciones del país.

Para hacer prácticos tan nobles anhelos cívicos. que se han conceptuado de imposible realización durante largos lustros de extravíos políticos y de vuelcos y fracasos de nuestra democracia incipiente, la Convención exhorta á sus correligionarios á conservar la más estrecha unión y disciplina, único medio que hará eficiente la acción del partido en la prosecución de sus aspiraciones, que son las de la nación, y espera que el patriotismo, inteligencia y tino político del Directorio, poniéndose á la altura de las circunstancias, marcará nuevos derroteros á la marcha política del partido para el caso que en la reconstrucción de los poderes públicos se contraríen ó conculquen los preceptos constitucionales.

COLAZOS
— DE —
«LA REVOLUCIÓN DE LOS COMICIOS»

I

Al Teniente Coronel Francisco L. Lacuesta.— Pueblo Sarandí del Yí.

Hemos leído, con mucha atención, la carta que usted ha dirigido desde el Pueblo Sarandí del Yí, lugar de su residencia, al director de «La Tribuna Popular», y aun cuando no pensábamos ocuparnos de ella hasta la semana que viene, la calidad de su réplica nos pone en el caso de no guardar silencio hasta entonces.

Ante todo: *El relatante que no había visto la luz primera, cuando el señor Lacuesta ya tomaba parte en las contiendas civiles,* saluda complacido al de la blanca melena, y le ruega lo atienda sin quisquillosidades para platicar á lo veterano.

Para decir LA VERDAD, TODA LA VERDAD en tan intrincados asuntos, nos es altamente lisongero manifestar á nuestro adversario que hemos roto de frente y sin vacilar con todas las preocupaciones nacionalistas, coloradas y constitucionalistas; católicas, protestantes, salvacionistas, liberales y bautistas. Rompimos con todas las adulaciones históricas, porque además

de ser ingrata la tarea del cronista en esta materia, podríamos correr el peligro inminente de ser confundidos con los pasionistas vulgares y con el mal conocedor.

Empieza usted diciendo:

«*De datos completamente equivocados se ha valido el articulista á que me refiero, para hacer su relato, cuyos datos parecen haber sido tomados de un periódico de la Florida, y que recien ahora llega á mi conocimiento que haya hecho publicaciones al respecto de lo que voy á detallar someramente, mi participación en la Revolución del 96 que le sirve de tema.*»

Debemos decir cuales han sido las fuentes de informaciónes á que hemos apelado para detallar la participación militar que le cupo en aquellos momentos á Vd., dado el introito de su réplica, á fin de deslindar la parte de responsabilidad que nos incumbe, y para que Vd. no nos mire de soslayo.

Todo lo relativo á su intervención en los sucesos de 1896, no solo la tomamos del periódico floridense «La Prensa», redactado por el señor Alfonso Acosta y Lara, sino que del folletito del doctor Carlos M. Ramírez titulado *La Insurrección* y del primer tomo de *Por La Patria* obra vigorosamente escrita por Luis A. de Herrera.

Si nuestros informes le sugieren sospechas, tómese la molestia de abrir el folleto del doctor Ramírez en la pájina 32, y sin mayor esfuerzo, encontrará textualmente lo siguiente:

«*Eran las seis de la mañana.—A ese misma hora el capitán don F. Lacuesta salía del Sarandí para hacer la descubierta.—Llevaba 60 hombres, tan mal armados como los revolucionarios.—Viramonte, con un rápido, movimiento se interpuso entre el Pueblo y Lacuesta, quedando éste privado de volver á su punto de partida.—Los 60 milicianos del gobierno se retiraron campo afuera, sin que Viramonte se preocupara de seguirlos*».

En dos años largos que lleva de publicado el folleto nombrado, Vd. no ha rectificado ni una sola línea de lo transcripto, al contrario, lo ha otorgado con su silencio. Y no diga, señor Lacuesta que ese folleto no circuló por la campaña.

Es digno de tenerse presente la circunstancia de que Vd. no hubiera salido á la palestra. No queremos decir con esto que Vd. hubiera silenciado ese punto por tener Ramírez su mismo origen partidario.

Pero sea lo que sea, tenga por sabido que el libro que hablaba así de Vd. fué escrito á raiz de la conclusión del movimiento nacionalista encabezado por el general Aparicio Saravia en 1896. Hace dos años y un mes!

Más. Hará cuestión de un año que vió la luz de la publicidad el primer tomo de *Por la Patria*, en el que se lee, en la pájina 115 lo siguiente sobre Vd:

«*Ya se había adelantado á la cabeza de 150 hombres su cuñado Benito Viramonte, quien tuvo la buena suerte de interponerse entre la localidad amenazada y un capitán F. Lacuesta, de filiación gubernista, quien saliera con 60 hombres á realizar una exploración precaucional. Lacuesta, separado de su protección, se retiró campo afuera, sin ser perseguido.*»

¿Y en el año en que se ha repartido por todo el país esta obra, no ha tenido usted, señor Lacuesta, conocimiento de lo transcripto?

Luego, en Junio 12 del año ppdo., «La Prensa», de Florida, publicaba una biografía completa de Manuel Alcoba, en la que se habla de la derrota que sufrió este jefe el 30 de Noviembre de 1896, y en donde se comenta la conducta de usted de una manera que en nada lo favorece, por el motivo de haberse ofrecido por chasque, incorporarse en el Sauce.

Y tampoco dice usted esta boca es mía. Bien que se disculpa diciendo que no ha tenido conocimiento de esa publicación.

Pero en tanto tiempo...!

Altamente complacidos, declaramos por tercera ó cuarta vez, que no tenemos inconveniente alguno en aceptar y utilizar las objecciones que se nos hagan, en los puntos en que lógicamente deben ser hechas, y siempre y cuando ellas sean concluyentes y concisas, y no divagaciones ni verdades de dudosos quilates.

En el presente caso no podemos aceptar ni utilizar ciertos detalles que, además de ser nimios están reñidos con el buen sentido, y que á medida que vayamos avanzando en nuestra contra-réplica, los hemos de ir haciendo notar con toda evidencia, porque así lo requieren los actos de esta naturaleza, á fin de no ofrecer duda tanto al señor Lacuesta como á nuestros benévolos lectores.

No se extrañe el comandante Francisco Luis Lacuesta, que aunque su foja de servicios militares arranca desde 1853, nosotros hayamos dado importancia á las informaciones que respecto á su actitud en los sucesos del Sauce del Yí, nos ha proporcionado el biógrafo de Alcoba en «La Prensa». Pues ellas tenían para nosotros el mérito, en este caso, de ser de origen colorado. Con esto queremos significarle que ni usted ni nadie puede tacharnos de parciales al proceder de aquella manera, ni desconocer la buena intención que nos guiaba al aceptar y comentar las narraciones de Ramírez, de Herrera y del biógrafo de Alcoba, al ocuparse de su persona.

Es así que al escribir la sección IV del capítulo III de la tercera parte de «La Revolución de los Comicios», estábamos animados de la más profunda fe en nuestros datos, fe que se controlaba por el raro y sepulcral silencio de usted, después de la publicación de «La Insurrección», por Ramírez; «Por la Patria», de Herrera, y de la biografía de Manuel Alcoba en «La Prensa».

Continúa Vd con este descargo:

«Inmediatamente de haberse pronunciado Aparicio Saravia, puse en conocimiento del señor Alberto Zorrilla, jefe político entonces del departamento de la Florida, en cuya jurisdicción yo estaba avecindado, que me encontraba á sus órdenes conjuntamente con varios amigos que se me habían presentado, los que llegaban al número de treinta y para quienes pedía armas y municiones, cuyo pedido reiteré por varias veces. En atención á uno de éstos, el señor jefe me ordenó por telégrafo el 28 de Noviembre de ese año, que buscase la incorporación del coronel don Manuel Alcoba, el que ya tenía orden de entregarme el armamento que necesitase para las fuerzas que tenía bajo mi mando, orden que cumplí al día siguiente á las 9 de la noche, en el Sauce del Yí, donde á la sazón se hallaba el indicado coronel.

«Impuesto éste de mi pedido, me contestó que nada podía hacer en mi favor por cuanto el armamento que tenía, era insuficiente aún para las fuerzas de que él mismo disponía, por cuya razón volví á emprender marcha hacia el Pueblo Sarandí, que era la estación telegráfica más cercana, con objeto de hacer conocer al señor Jefe el resultado de la orden que me había impartido y reiterar de nuevo el pedido de armas, que nos eran entonces tanto más necesarias, cuanto el ejército revolucionario podría por momentos acercarse á estos lugares».

Quiera persuadirse compatriota, que en este punto de su carta-réplica, opinamos como Vd. y le concedemos todo el crédito é indulgencia á que se ha hecho merecedor por la verídica exposición que nos dedica.

Continúa diciendo nuestro refutante:

«A las once y media de esa noche el señor Jefe me hizo saber que las armas se hallaban en la Florida, á cuyo punto podía mandar ó ir en su busca, lo que resolví hacer al día siguiente, en el que pasé de nuevo por el pueblo indicado, aprovechando el tiempo que demoraban en volver algunas descubiertas que había desprendido, en hacer que mi fuerza, formada entonces por 60 hombres, hiciese algunas evoluciones que en algo familiarizase á los pobres paisanos de que estaba compuesta, con los servicios del soldado á que los condenaba la guerra fratricida que se había encendido. Después de efectuado esto, me dirijí hacia el Arroyo Malbajar, situado á inmediaciones del pueblo con objeto de carnear y vadearlo para proseguir la marcha.

«Apenas habíamos desmontado, cuando se sintieron varios disparos hechos al parecer en el mismo pueblo, lo que como es consiguiente, me llamó la atención, enviando para averiguar su causa al teniente de GG. NN. don Delfino Arrúa con cuatro hombres, uno de ellos armados con winchester, un remington y dos lanzas, únicas armas de que disponía toda mi partida. Apenas el expresado oficial se acercó al pue-

blo del que entonces me separaba una distancia de dos y medio kilómetros, se vió casi envuelto por varias partidas de revolucionarios que le dispararon algunos tiros, permitiéndole sin embargo, que se retirara con sus hombres al punto donde yo lo esperaba y dándome cuenta de lo que había visto y del número de los enémigos que calculó en unos 300, pues no le fué posible cerciorarse de esto, por interponerse entre ambos las casas de la localidad, cuyo parte confirmaron sus avanzadas que no habían tenido tiempo de alejarse mucho, y pude ver yo mismo que era cierto».

Indudablemente es usted, comandante Lacuesta, un tanto olvidadizo y quizá un poquito atropellado en la lectura de las producciones de sus adversarios; háganos el obsequio de volver á leer el núm. 33 de LA ALBORADA, y en la sección IV del capítulo III de la tercera parte de «La Revolución de los Comicios», encontrará el mismo detalle que usted hace, aunque con menos palabras. En esa sección se habla de usted cuando salía del Pueblo Sarandí del Yí con un escuadrón miliciano de 60 hombres; que en esos momentos hacía el servicio de descubierta; que fué cortado del pueblo por los nacionalistas y que se retiró campo afuera.

De manera, señor Lacuesta, que nosotros sin hacer mayores prodigios de equilibrio para no herir susceptibilidades, salimos airosos en la crónica histórica de ese día.

Usted mismo se ha encargado de ratificar nuestra victoria. Mucho se lo agradecemos.

Hemos, pues, cumplido con la verdad y con nuestro deber.

Continuaremos.

J. MUÑOZ MIRANDA.

Montevideo, Enero 15 de 1899.

LA SEMANA POLÍTICA

El acontecimiento de mayor importancia, lo ha constituído la convención que sentó sus reales en San José de Mayo, en representación de esta formidable falanje ciudadana, de esta colectividad de millares de fieles decididos y de principios incontrovertibles que tiene por divisa la bandera sin mancha del partido Nacional. De ella nos ocupamos en las primeras columnas, presentando á los lectores el cuadro sintético de los trabajos realizados por la Honorable Convención.

En el campo nacionalista, este suceso ha despertado natural interés. En el del adversario, ese interés ha revestido variados tonos: en un principio díjose que la Convención sería ni más ni menos que un Comité de Guerra; luego, que se proclamaría un candidato inesperado para la presidencia...

Verdad que estas convenciones que, sin contar los habitantes de la república, deliberan en nombre de veinte mil ciudadanos radicados en la república argentina, dan de sí tema bastante para las preocupaciones...

—

A la Convención, curándose en salud, los futuros legisladores colorados contestaron con la publicación del manifiesto que ratifica el compromiso de votar al señor Cuestas para la presidencia constitucional.

Firmaron esta declaratoria cincuenta y un senadores y diputados, y se prometió en él, por ganar tiempo, hacer públicas las adhesiones que se fueran recibiendo después del día 10. El objeto manifestado de ese compromiso es desvanecer dudas y llevar la tranquilidad al ánimo de todos. No se habla en él de lo que más preocupa la opinión, el término del gobierno de hecho y el retorno á las prácticas institucionales.

Con él y á pesar de él, continúa el pueblo desasosegado y los rumores acrecen.

—

Como detalle sensacional de la época debemos mencionar la polémica debatida entre el señor presidente provisional y el ciudadano señor Domingo Mendilaharsu. Cuestas ha contestado á los ataques del doctor Mendilaharsu con un reportaje aparecido en «La Nación», escrito, indudablemente, por el mismo que aparece reportado. Después de una risita asaz sardónica, comienza así su defensa el presidente:

«Creía á Mendilaharsu un mozo muy conversador y con poca materia gris; pero nunca pensé que calumniara al hombre al que, desde los balcones de su casa, el día de la gran manifestación popular de Noviembre, prodigó toda clase de elogios; al hombre que lo nombró Ministro en la República Argentina y de quien durante un tiempo fué Ministro de Relaciones Exteriores.»

Don Clodomiro Arteaga da el último retoque al reportaje con un sublime arranque de fidelidad:—«De modo, pues, que el señor Mendilaharsu está retrasado en sus noticias ó se ha pasado de vivo, para que los tontos aplaudan.»

En una segunda exposición, este último ciudadano levanta las inculpaciones que le hace el señor Cuestas. Y si bien declara que se insinuó en el ánimo de S. E. para obtener el nombramiento de director del Banco de la República, obtiene la mejor parte en el debate, pone de relieve la irascibilidad maléfica de su contrincante, y se esfuerza en probar con razones muy atendibles que ha sido calumniado.

No exageraremos al decir que la defensa del presidente provisorio tiene más de hígado que de cabeza.

Escusamos entrar en otros comentarios.

—

El gobierno, según versiones autorizadas, está dispuesto á suprimir las urbanas que tienen á su orden los seis jefes políticos nacionalistas.

Esta medida será morigerada haciendo extensivo el decreto de disolución á todas las urbanas departamentales, y aduciéndose en él razones de economía.

¡Política nacional!

—

Un colega de origen colorado,—el ilustrado director de «La Razón»,—ha dedicado su editorial del viernes á elogiar el patriótico manifiesto lanzado al país por los convencionales. De él debemos extractar siquiera un solo párrafo, en gracia á la justicia en que se inspira. Dice así el director de «La Razón», refiriéndose á lo que es y representa hoy nuestro partido:

«Uno de los frutos, el más apreciable quizá de la última revolución, ha sido la creación de una nueva potencia destinada á influir con verdadera eficacia en nuestra política, vijilando y estimulando la acción del partido que se halla en el poder.

«Esa fuerza, no hay para qué decirlo, es el partido Nacional, que anarquizado y disperso hasta un grado inverosímil, durante los últimos años, ha surgido, en el espacio de unos cuantos meses, retemplado por el sacrificio y por el esfuerzo, unificado por una disciplina de hierro que ha de darle una fuerza prodigiosa en las futuras evoluciones de la política».

EL REACTIVO DEL ODIO

Un grupo de ciudadanos colorados se ha propuesto rememorar el aniversario de Quinteros realizando solemnes pompas fúnebres. A ningun partidario puede negarse el justiciero derecho que le asiste al tributar honores á los prohombres de su credo. Nada absolutamente, pues, tendríamos que objetar á las honras proyectadas, si ellas fueran en si sólo un tributo á los caidos en aquel dia; pero los iniciadores de aquella idea han formulado el propósito de realizarla en una forma indigna de la época, y es deber nuestro, como miembros de un partido que tiene por bandera la cultura y la transigencia politica, protestar de las honras que se proyectan en nombre de este pueblo progresista, en nombre del honor de la república, en nombre de la paz que se firmó en Setiembre bajo el palio bendito de la fraternidad.

Realizar el acto conmemorativo en la forma proyectada, más bien que un homenaje á los ciudadanos caidos en Quinteros es un ultraje al adversario leal, una provocación hiriente, es, en fin, un pretexto para enardecer los odios aplacados con un acto que colma la medida de la intemperancia y el fanatismo politico.

La época es de transigencia, de unión; el pais siente la necesidad de aplastar la serpiente de la venganza tradicional y el rencor de otros tiempos; ¿á qué exhacerbar los ánimos partidistas? ¿á qué despertar sentimientos que ya no pueden pugnar y mantenerse ante la época?

Mediten los ciudadanos colorados.

La cultura á que hemos llegado impone

otra manera de reverenciar los muertos. No dogmatizamos: exhortamos tan sólo; hablamos á la razón; buscamos la cultura para rendir ante ella nuestra ofrenda.

APUNTES HISTÓRICOS

POR EL DISTINGUIDO CIUDADANO

Sr. D. CARLOS ANAYA

INÉDITOS

(Continuación)

En estos tiempos vino de la capital el señor brigadier general ministro de la guerra, promovido á general en jefe del ejército nacional, que debia organizar un respetable ejército contra el gobierno del Brasil, removiendo al general Rodriguez de la fuerza argentina que regenteaba en la otra banda del Uruguay.

Se estableció el señor general Alvear en la margen izquierda del Arroyo Grande, donde auxiliado por el general Soler como jefe del E. M. G., propendió con sus grandes conocimientos á la formación de un ejército de 7000 y más soldados argentinos y orientales, para disponerse á la guerra, compuesta su fuerza de la flor de generales, jefes y oficiales que habian concurrido á la independencia de Sud América, con muchisimos jóvenes de la capital de la Banda Oriental, que aspiraban á tener gloria en ese nuevo ejército libertador, dotado de todos los elementos para triunfar de un enemigo también poderoso que le resistia.

Instruido debidamente el ejército, el general en jefe emprendió sus atrevidas marchas, dirigiéndose á la frontera del Imperio, resuelto á penetrarla en busca de su enemigo.

¡Osada resolución de un general valiente y atrevido, y en cuyas marchas pudo recoger las primeras glorias acercándose á las fronteras imperiales!

Año 1827

En este año de esperanzas, apareció el general Rivera desde la provincia de Entre-Rios, donde estaba emigrado, prófugo de Buenos Aires, acompañado de unos 60 hombres entre jefes, oficiales y soldados, con el propósito de anarquizar su pais, interin el ejército nacional se encargaba de libertarlo de la ominosa opresión del gobierno brasilero que le tiranizaba 10 años hacia.

El de la capital argentina, impuesto de lo que sucedia, impartió sus órdenes, comisionando al coronel don Manuel Oribe, jefe del asedio de Montevideo, para que con las fuerzas necesarias persiguiese empeñosamente el alzamiento del brigadier Rivera, declarado fuera de la ley con anterioridad. El coronel Oribe, sin hacerse esperar, emprendió su persecución sin darle descanso en parte alguna, hasta hacerle lanzarse á nado hasta la otra parte del Ibicuy, que era entonces el límite con el Brasil, y aun pasó en su persecución auxiliado por una división correntina al mando del coronel López Chico (la vanguardia de otra fuerza que mandaba el gobernador de Santa Fe, don Estanislao López), pero Rivera tuvo el poder de seducir al coronel López Chico, pudiendo hablar con él.

El coronel Oribe tuvo que regresar repasando el Ibicuy, dejando á Rivera en posesión de los pueblos de Misiones, donde encontró su fortuna, diciendo á unos que iba á poner á aquellos pueblos en seguridad por parte del Imperio y á otros, según con quienes hablase, que iba á recabarlas para la patria, de la usurpación del Brasil, etc., etc.

Le dejaremos aquí, contrayéndonos á las operaciones del ejército nacional, que seguia los pasos del ejército del Brasil, dentro de su mismo territorio, y que examinando su fuerza, se retiraba buscando un campo á propósito de esta parte del Ibicuy, ordenando al general Soler consultase un paso del Rosario con aquel objeto, quien en su cumplimiento encontró el paso inaccesible por su extraordinaria creciente, cuyo parte comunicó al general Alvear. Este, con la valentia que le inspiraba su empeñoso atrevimiento, resolvió retroceder en busca de su enemigo y sin elegir el campo de la victoria que ansiaban, se puso enfrente, desafiando una batalla que fué aceptada con iguales fuerzas que las que contaba la patria.

En prevención de este trance y antes de penetrar en aquel territorio, hizo quemar los bagajes del ejército sin respetar cosa alguna, ni aún los precisos de sus jefes y oficiales y tropa, siendo exactamente cumplidas sus órdenes, removiendo todo estorbo que pudiese embargarle en una acción.

En efecto, se arremetieron ambos ejércitos denodadamente, recogiendo el nacional un triunfo completo, que favoreció poderosamente la independencia oriental.

LA REVOLUCION DE LOS COMICIOS

LOS TRABAJOS NACIONALISTAS DEL CORDOBÉS Y CERRO-CHATO

APARICIO Y CHIQUITO SARAVIA

EN EL ESCENARIO POLÍTICO-MILITAR

CUARTA PARTE

III

1. Aparicio en la Estación Mansavillagra.—2. Motivos principales de la gira al lugar indicado; sus resultados negativos.—3. Serenidad de Aparicio ante el nuevo contraste.—4. El autor de «Por la Patria» apreciando la culpabilidad de los comprometidos.—5. Nuestro juicio; atenuación de los culpables del nuevo contratiempo.

5.—La pequeña transcripción que hemos hecho de «Por la Patria», basta para inclinarnos al estudio de los sucesos ocurridos en Mansavillagra y sus inmediaciones, y aunque él sea un pálido contribuyente para desentrañar la verdad de los hechos, debe de ser disimulado en atención al esfuerzo de buena voluntad que nos ha animado en la penosísima labor.

Vamos, pues, á hacer palpable el desacierto en que han incurrido muchas personas, sugerido sin duda por la confusión con que han tomado ó comentado algunos puntos de los acontecimientos de 1896, exponiendo algunas salvedades, á fin de que se note la diferencia y para que se juzgue la magnitud de ese desacierto.

En historia hay que ir derecho á la evidencia, al testimonio, á la prueba, como única é ineludible ley de la justicia. Es por eso que nosotros, aunque pequemos de algo extensos, hemos de enumerar todas las causas que motivaron el fracaso de la protección al general Aparicio en Mansavillagra, protección que debió de realizarse con la intervención de respetables y probados ciudadanos, haciendo pasar hombres y hechos por el crisol de la discusión serena, y siempre obtendremos esos respetables y probados ciudadanos, porque ha sonado la hora de las reivindicaciones sinceras y de hacer verdadera justicia distributiva.

Es muy cierto que hay que darse cuenta cabal de las responsabilidades que se asumen al comprometerse en empresas como la que había que realizar en la línea ferroviaria de Nico Pérez, porque responsabilidades de esta índole no siempre dejan de interrumpir el sueño. Pero tampoco es menos cierto que por más que pueda el talento y las precauciones del hombre, hay momentos duros, obstáculos imposibles de salvar de un instante á otro, y entonces no hay talento ni precauciones que valgan.

Pues bien: la combinación de Mansavillagra fracasó porque los encargados de llevarla á la práctica lucharon con recios inconvenientes de última hora, difíciles de evitar.

Diséñese con toda claridad el cuadro real de la situación nacionalista el 1.° de Diciembre, y se verá cuánta diferencia existe entre los traidores del Norte, que engañaron la buena fe de Aparicio Saravia el día 25 de Noviembre, y esos defeccionadores sin atenuante de que nos habla el galano escritor de Herrera.

Esos pecadores, esos desertores de última hora, son los que debieron hacer acto de hombría de bien, porque nunca tuvieron tropiezos para hacerlo, colocando el dia 25 de Noviembre lo que habían ofrecido colocar en la coronilla. Los desertores de última hora no fueron los autores del traspiés en Mansavillagra, fueron los traidores de Coronilla, fueron los políticos de corazón insensible al sentimiento de la dignidad y que sólo hicieron uso de la farsa y de las alevosías. Los desertores de última hora son los que se hallaban en frecuentes conciliábulos con Idiarte Borda, traficando con los secretos de los revolucionarios, vendiéndose miserablemente y haciendo el papel criminal de Pilatos y de Asfialte.

Esos son los desertores sin atenuante, de

última hora, de quienes nos debió hablar el celebrado escritor de Herrera.

Colocando las cosas en su lugar, pues, nos encontramos que los comprometidos á destruir los puentes y colocar fusiles en las cercanías de Mansavillagra, los tan fulminados, los traidores de Mansavillagra por el hecho de no haberse librado de los espías de Borda, figuraron bien antes y después del fracaso mencionado, en las filas del Partido Nacional. Esto solo basta para no cebarse en el infortunio de esos buenos ciudadanos. Sirva cuando menos de escudo é indulgencia á esos preclaros patriotas, sus largos y meritorios servicios á la patria, porque jamás, en ningun momento pueden confundirse con las hazañas de los claudicadores y avenedizos.

La intensidad de los obstáculos con que tropezaron para hacer efectivo su compromiso, son las causales más poderosas para convencer á los equivocados que no deben pretender en ningún caso, en ninguna circunstancia, por apremiante que sea, sepultar los restos de los prestigios y de las virtudes cívicas de tan eminentes factores de la causa popular.

Esos pecadores obligados, que á no dudarlo habrán explicado su conducta de entonces al general Aparicio, tuvieron oportunidad muy luego del fracaso de Mansavillagra, de mostrarse adalides intrépidos de las libertades públicas, y de ocupar brillantes posiciones en el Partido Nacional, saliendo de ellas como siempre honrados, como siempre virtuosos.

Sirvieron á su patria con generosidad cuando no la servían otros más conspícuos y que podrían hacerlo con más holgura. Estos pecadores nobles, eran y son inteligentes, desprendidos y animosos; eran de los que callan y obran bien en el silencio; que tanto ennoblece, que tanto dignifica!

Esta razón es demasiado poderosa para no rendirles cumplido homenaje. Porque por arriba de las escisiones internas de una colectividad política, surgidas en momentos aflictivos, cuando se ve todo negro el horizonte de las cosas y los hombres no condicen unos con otros, está la gratitud.

Dice bien el autor de «Ismael» y «Grito de Gloria», cuando dice: «El reconocimiento ante todo. Esa es la manera de vigorizar los vínculos de una parcialidad, asignando á cada uno el lugar que le corresponde por su contingente en la obra común y solidaria.»

Sí, hay que asignar á cada uno la partícula de gloria que le corresponde, y por consiguiente á las personalidades de quienes nos ocupamos en este capítulo, porque en horas de cruel incertidumbre, cuando todo parecía desatarse furioso en contra de la reacción popular, esos comprometidos, esos pecadores de 1896, agotaban en 1897 sus energías á la par de todos sus compañeros, dando hasta la vida uno de ellos, en una de las sangrientas batallas habidas durante el imponente y desigual desafío con las fuerzas del gobierno de Borda.

Otro, desempeñando un rol importantísimo al Norte, después de Arroyo Blanco, y otro, aliviando en lo posible á sus hermanos de causa, comprometidos en la demanda desesperada y homérica.

Hicieron cuanto pudieron y estuvo dentro de sus aptitudes, borrando así en el ánimo de todos, alguna impresión desagradable que pudiera aún existir, y armonizando sus esfuerzos con todos los de los buenos y probos ciudadanos; actitud caballeresca y patriótica que llevó al convencimiento de todo el Partido Nacional su integridad moral y la pureza de sus sentimientos.

Desdichado el país, desdichado el partido político que no sabe honrar á sus grandes servidores, sean cuales fueren sus culpas, nacidas en momentos de agitación!

Esas culpas, pesadas en la balanza de la justicia, no dan resultado alguno ante la consideración pública. Hay que cubrir á los mártires y á los buenos con el manto de la indulgencia y de la magnanimidad salvadora.

Tonifiquemos esas virtudes, esos sacrificios, esos ejemplos de civismo enaltecedor, para rodear del respeto y consideración, á las personalidades que tanto sufrieron por la patria, ya que fueron tan espectables en la hora cruel de las grandes eventualidades.

J. Muñoz Miranda.

(Continuará).

POCITOS

Para La Alborada

Las reuniones nocturnas en los Pocitos son espléndidas. Allí va lo mejor de Montevideo, lo mejor! ¡Cuántas caras lindas se ven desfilar sobre el amplio muelle iluminado bajo todos los preceptos de la economia! ¡Cuántos cuerpecitos airosos se ven cruzar por allí señalando un balanceo de cintura que... ¡vamos!... aquello es gloria! ¡Y bien que nos hacen falta los cuerpecitos airosos! Porque en estas noches de calor, en que no resbala ni la más débil ráfaga de aire por la superficie de la tierra, estamos ávidos de todo lo que sea *airoso* ó *airado* que, aunque no dé lo mismo para el significado intrinseco de las palabras, lo mismo da para los pulmones que solicitan aire, ya venga este acompañado de una terminación en *ado* ó en *oso*.

¡Y qué de trajes elegantes! ¡Y qué de sombreros á la *Pompadour con soda!* ¡Y qué de zapatitos á la *piné* y á lo Luis XV, encerrando como estuches de charol ó de cuero de Rusia unos piececitos que parecen de confitura! ¡Y qué de zapatones á la inglesa, con suelas como herraduras, encerrando unos piesazos masculinos que nada tienen de producto de confitería, y que en cambio suelen infringir quebrantos dolorosísimos en más de un callo á lo Faustino Laso, que á montones los posee, y gordos!

Aquello es digno de verse. Arriba, sobre las tablas de lo que algunos han dado en llamar *terrasse*, á pesar de que se extiende sobre el rio—debiendo llamarse, por lo tanto, *rivièrasse*, (rio, en francés, se dice *rivière)*—se agitan verdaderas olas humanas, mientras abajo se agitan las olas del liquido elemento.

Arriba, domina en el desborde de su tiránico poder el ardor de la vida, que corre impetuoso por las venas de cada organismo, aumentado considerablemente por el contacto de los organismos... de sexo contrario. Abajo: el frio del agua,—ese frio que resbala de molécula en molécula, de gota en gota, de ola en ola y va á depositarse, conducido por el desdoblamiento final de aquellos rizos de plomo, en las blancas arenas de la playa. La ola de arriba conduce calor; la de abajo conduce frio. Cada movimiento de la primera se traduce en una vibración de aire caliente que acaricia los rostros con la lascivia de una lengua de terciopelo; cada convulsión de la segunda impulsa á una ráfaga helada que rueda sobre las crestas espumosas y va á morir sobre la extensión de arena que ha caldeado un sol de fuego durante varias horas.

Arriba hay muchos ojos que despiden llamas, muchas bocas que exhalan un hálito candente, muchas mejillas que se abrasan... Abajo hay una extensión gris, salpicada de girones blancos como copos de nieve, cuya uniformidad sin limite, cuya pesadez de chapa de zinc, cuya cohesión indestructible atraen al frio con los arrullos de un arpa gigantesca y lo arrojan despues sobre la tierra envuelta en sombras... Arriba, el fuego; abajo el agua... Los que se sientan arder como yesca ante las llamaradas de unos ojos negros como los pensamientos de Luzbel, no tienen más que treparse á la barandilla del muelle y dar una artistica voltereta hacia abajo: asi se ahorrarán de llamar á los bomberos.

Sentado, el domingo anterior, en uno de los bancos de madera que flanquean el prolongado muelle, he visto pasar, con paso de reinas, unas con cimbreos de andaluzas, otras con vivacidad de criollas, las más mujeres cuya belleza halagaba mis sentidos y mortificaba mi corazón. ¡Allí se ven ojos *¡rediós!* ¡Allí se ve gracia y se ve elegancia, y se ve hermosura, y se ve todo lo que se puede ver en semejantes casos! En menos que canta un gallo han desfilado ante mi vista atónita vestidos celestes, blancos, rosados, verdes, amarillos, rojos y negros, vaporosos y esponjados, ténues como vestimentas celestiales; sombreros claros y oscuros, blancos y negros, rojos y amarillos; millares de cintas de diferentes tonos; plumas que la suave brisa rizaba con zalamería; flores de género y flores naturales, en fin, una ofuscadora visión de kaleidoscopio que se agitaba ante mi, renovando en continuo movimiento sus colo-

res chillones y sus tintes de contraste; una procesión de cinematógrafo cuyas figuras pasaban apretándose, estrujándose, fundiéndose en una masa compacta y dejando en la retina las fugaces impresiones de mil formas y mil coloraciones diferentes.

Detrás de un traje rojo que avanzaba entre la multitud como una explendorosa mancha de sangre, venia un traje amarillo que escurria por el compacto gentio sus fulguraciones de oro; detrás de éste uno verde, sobre cuyos pliegues resbalaba la blanca luz de los focos, arrancándole los audaces reflejos de la seda; mas atrás un traje blanco pasaba introduciendo su nitidez de nieve entre la masa de géneros oscuros y claros, rojos y celestes, verdes y amarillos...

A la distancia todo aquel gentio parecia fundido en una sola pieza, aquel mar de cabezas parecia moverse al unisono, como si formase parte de un solo cuerpo. La muchedumbre tenia, á lo lejos, movimientos de marea: de pronto avanzaba, unida, compacta, soldada; de pronto se detenia y se arremolinaba. De rato en rato la brisa pasaba rápida sobre aquella multitud de cabezas humanas, sacudiendo las blancas plumas con una fugaz caricia de sus labios invisibles y arrancando, á veces, más de un sombrero de paja de las masculinas cabezas que poco antes los ostentaran con irresistible elegancia...

Humildemente sentado en mi banco contemplaba y oia. Me sentia sumergido en un rumor intenso, prolongado, mezcla informe de voces chillonas y de zoces graves, del continuo arrastre de los piés sobre las maderas del muelle, del roce de las esponjadas polleras, de los cuchicheos de mis vecinas de banco, de risas cristalinas que cruzaban de pronto por entre aquella baraunda con la fugaz algarabia de un cascabel lanzado al aire; al mismo tiempo que, alla abajo, el mar, mugiente é incansable, enviaba ola tras ola á deshacerse en la orilla con el recio chasquido de un chaparrón de piedras.

De pronto, un redoble furioso, largo, penetrante, cubrió el estrépito con la monótona sucesión de sus notas secas... Hubo una pausa... A los pocos minutos la banda, situada en su kiosko de vidrios de colores, rompió en unos acordes poderosos que llenaron el aire de una sonoridad cobrecina. Por un inste dominó la ruidosa alegria de aquellos instrumentos de cobre, pero al rato, acostumbrado el oido, volvió á percibirse el pesado rumor de aquel enjambre humano, y, sobre todo, cada vez más recio, el chasquido de las aguas al arrastrarse lentamente sobre la arena húmeda... Y en tanto, los focos grandes y redondos como lunas en oposición, arrojaban sobre la multitud inquieta el llanto de una luz suave y pálida que envolvia a todos los rostros en una lividez de cadáveres.

La luz se reflejaba en la superficie del rio, dejando sobre las ondas como una inmensa mancha de oro que flotaba inmóvil en la extensión infinitamente encrespada...

El dia que yo estuve vi á las niñas de Sorbettini, con unos hermosos sombreros de paja con cintas, plumas, flores, frutas, cereales, legumbres y alguna zoncerilla más, y acompañadas de sus dos papás legitimos, que, gracias á Dios, los tienen de lo más legitimo posible. La mayor de ellas, Efumenasia, conducia sobre su cabeza una preciosa capota de paja boliviana con unos colgantes de tul celeste salpicado de lentejuelas y estrellitas de oro. ¡Qué bonita estaba! La mamá, doña Peromenides, no cesaba de arreglarle la artistica capota y á cada rato se adelantaba ya para enderezársela, ya para apretarle las guias, ya para asegurar con un alfiler la estabilidad del soberbio árbol frutal que surgia en el mismo centro de la copa. ¡También aquella capota les habia dado un trabajo enorme! Doña Peromenides y sus tres hijas se habian pasado todo la semana elaborando aquel edificio destinado á cubrir la nuca de la interesante Efumenasia.

—Hoy coges un novio—le habia dicho doña Peromenides al salir de casa esa noche.

Y don Cornelio, padre efectivo de la chica, y, por lo tanto, marido de doña Peromenides, como puede suponerlo cualquier persona bien intencionada, habia sonreido con un aire de satisfacción que ponia de manifiesto la mucha fe que le inspiraba esa frase de su señora.

Sin embargo, á pesar de la sensación que causó la hija mayor de doña Peromenides entre los jóvenes concurrentes á los Pocitos, esa noche, no pudo coger el novio apetecido y apenas si pudo coger un constipado que le hizo hinchar las narices y estornudar varias veces, durante el sueño.

—Hoy en dia los jóvenes no se casan!—dijo el otro dia doña Peromenides, plegando sus labios en un marcado signo de desprecio que encerraba á toda la nueva generación. Y sus tres hijas fueron del mismo parecer.

No obstante algunos caen, y los Pocitos es un lugar aparente para pescarlos. Por eso es que acuden, sobre todo los domingos, muchas chicas ganosas de encontrar quien quiera cargar con ellas, y asi vemos concurrir en tales dias á las de Melocotones, Turratelli, Calcetines, Rabanetti, Pistaraetti, López, Cómez, Rodriguez y muchas otras que escapan á la memoria de los cronistas sociales...

EMILIO FRUGONI

10 de Enero de 1899.

LUZ DE LUNA

Para "La Alborada"

A medida que asciendes disipando
de la tarde las brumas nacaradas,
aparecen colinas platëadas
y arroyuelos que cruzan serpenteando.

Vagos efluvios por el éter blando
transmiten no sé qué de arpas calladas,
y en las vegas dormidas ó enlutadas,
ensueños de placer andan volando.

Notas, perfumes, blandos resplandores,
emergiendo del seno del olvido
transmiten la noción de lo que pudo

ser en tiempos que uno cree mejores...
Luna, amparo del triste y desvalido,
con íntimo contento te saludo.

ALFREDO ZUVIRÍA

Diciembre 1898.

GALERÍA

ALMA ENFERMA

Para Carlos Roxlo

I

El teatrito «El triunfo», profusamente iluminado, parecia un diminuto palacio de hadas. Un ambiente perezoso se revolvia en ondas tibias: los picos de luz de las arañas cruzaban temblando las bombas de cristal.

Claudio, escondido en uno de los palcos últimos miraba con insistencia hacia su derecha. Inmóvil, hundido en tenaz abstracción, no era carne, era espiritu; no era hombre, era idea. Luego, como desligado del paroxismo: —Cosas de la eventualidad, se dijo, retorciéndose sus largos bigotes renegridos.—¿Dónde la conocí? A ver... á ver... y quedó pensativo con la mirada fija en el techo y el indice de la diestra sobre la frente. Ah!—exclamó de pronto—allá fué... en la casa de mi viejo amigo... durante la cena tan sencilla como amistosa... y ella era una niña... apenas si contaba quince años... ángel sin alas... delicias del hogar... embrión de madre...

II

—Escúcheme usted. Le hablaré con ingenuidad; tal vez peque de conciso. Si palabras faltan para completar el pensamiento, agréguelas sin rubor. Tenga por seguro que él surje entero de aqui dentro, pero la garganta lo ahoga. Ignora el astro si su impulsión de luz llega á tocar la tierra. Una torre ó un insecto pueden detenerla.

Hace apenas dos años conoci á usted precisamente en su casa, en aquella cena amistosa que lo recuerdo como si aquel grato tiempo pasado fuera hoy. Usted era entonces una niña de corto vestido que apenas llegaba á la mitad de la pierna.

Claudio hizo de pronto una pausa y se pasó con lentitud su mano pálida sobre la frente, donde comenzaban á brillar pequeños puntos sudorosos. Aquella confesión tan infantil del vestido, le ruborizó, quedando por largo rato cabizbajo y cortado.

—Hay momentos en la vida inquieta—continuó—que las pequeñeces del candor de la edad risueña vienen espontáneas á la lengua...

Si; fué una cena amistosa. Usted parecia una virgencita, toda de blanco, con grandes encajes brilladores, y su gran cin tu

rón de filigrana; y yo la admiraba en aquella edad de los deseos del vestido largo; y yo la amaba. Su expresión grata y delicada, su modito sincero, ese no sé qué que se traslucia en sus ojos tiernamente negros, me atrian—como atrae el imán al hierro—pero era una atracción de cariño fraternal, puramente fraternal. Hoy ese cariño ha trascendido; la oruga se convirtió en mariposa, el agua en océano, el mármol en estatua.

El sentimiento tácito y turbulento, el mismo que hace de Julieta una visión hierática, el mismo que transforma el alma de Maria en blanca paloma de dulces sensaciones y vuelo de águila, el mismo... en fin... el mismo que poseyéndose de mi espiritu lo eleva... penetró hasta la intimidad del secreto para arrancar después palabras de la boca y vibraciones del alma.

El amor!... Cuántas cosas se dicen de él, sin comprenderlo y sin sentirlo! Palabras huecas hay que pretendiendo avasallar en su molde engañoso la esencia constitutiva del sentimiento de bondad por excelencia, no hacen más que revelar la laxitud del cerebro que las imagina. Y usted, mi amiga, que ve mucho más allá de lo que nosotros, los hombres, presumimos, ha de comprender mejor que yo, esa fatalidad inherente en la idiosincracia veleidosa, y ha de comprender también que deben existir espiritus cuya sensibilidad recoje las palpitaciones generosas de otra alma espontáneamente sensible.

III

Claudio, sofocado, secábase el sudor del rostro con blanco pañuelo de hilo. Su sedosa cabellera negra, coquetamente desaliñada, caiasele sobre las sienes, y la mirada, algo vaga de sus ojos hermosamente negros, tenia un dulce aspecto de enfermiza. El esfuerzo espiritual, el ambiente caldeado, el murmullo en los entreactos, habian cansado su cerebro de tal modo que la debilidad se convertia en desmayo breve.

IV

—He oido á Vd.—dijo Carlota con toda la atención á que es acreedor quien no vacila en poner de relieve las ideas de conciencia. Aún vibran sus palabras cariñosas en mis oidos y dudo si son de un hombre. Perdóneme. Joven, todavia muy joven, llevo ya conmigo mucho de la decepción mundana, derivación lógica de la experiencia que se adquiere de manera prematura. Observe: tengo el rostro de una niña, pero, si pudiera penetrar aqui dentro ¡oh! entonces no dudo que algunas lágrimas de piedad rodarian por las mejillas de Vd. que tan sensible se presenta á las cuestiones del espiritu.

¿Quiere que hablemos como viejos amigos? Pues bien: Yo he sentido mucho, muchisimo, ese sentimiento que Vd. moteja de turbulento; he vivido la vida de pasión en la época para mi de las ilusiones multicolores, dentro de la cual una gasa impalpable cubre todos los objetos de la humanidad, y el cielo parece abrirse de par en par; he querido con la misma espontaneidad de la triste Elvira, y he olvidado más tarde con la frialdad más horrible que puede imajinarse. ¿Fué un pecado? No. El olvido no es más que el perdón que la Realidad entrega á la Ilusión. El olvido es inherente á la experiencia como la luz al astro, como la sombra al cuerpo, como el sonido á la voz...

Para perdonar—me he convencido—para perdonar de veras, hay que olvidar, forzosamente. Atiéndame Vd.: Todos somos iguales desde el punto de vista de la Creación; llevamos un espiritu con cota de carne, un cerebro capaz para la recepción de todas las vibraciones externas y un corazón que recoje los movimientos sentimentales del ser. Ama Vd., las ilusiones se apoderan de su espiritu y hacen de él un sencillo mecanismo traslatorio, es decir, un maniqui andante; juegan, engendran bulla, se chancean con uno y luego lo dejan sin el color rosa que le daban á los ojos y sin la virtud de percibir las cosas humanas con la benevolencia propia de la edad incauta.

Queda usted huérfano por un corto instante. Mas, luego la Experiencia ocupa el sillón en el que no ha mucho se habia muellemente sentado la otra personalidad impalpable: la Ilusión. Aquella provoca el germen vengativo, porque toda masa racional—y aun la de la sin razón—lleva oculto el principio engendrador de la venganza; ese germen se desarrolla con lozania; el corazón se infla para recogerlo; el cerebro se ilumina para darle paso, y la laringe adquiere fuerzas para dar á la voz potencia para arrojar las recriminaciones. Y la venganza se desata, cumple su ley natural, la ley posible que la severidad del pasaje terrestre impone. Más tarde viene el perdón del Criterio que debe venir juntamente con el olvido, porque aquél en lucha abierta y constante con el Corazón nada haria si no se unieran en intimo consorcio á fin de desligar de la materia las debilidades pecaminosas. El Criterio es grande, es cierto; pero qué me dice usted, amigo mio, de la magnitud de ese endiablado saltarin? Cuna el primero de la Experiencia, cuna el segundo de la Ilusión.

Infeliz aquel que llevando la lucha de esos dos colosos, gladiadores arrojados y atrevidos, no decide el triunfo! Siempre el infortunio irá, entonces, rastreando las huellas de sus pasos, porque la incertidumbre triunfal descorrerá el telón del teatro tumultuoso de su vida, para traer al proscenio otro personaje, talvez el más temible y más luchador: la Duda.

V

He sido cargosa—continuó Carlota,—y usted, mi buen amigo, ha tenido la paciencia de oirme. Tengo para mi que estas cosas internas no se deben revelar á nadie, pero usted, tan bueno, tan benevolente, ha querido compartir conmigo las penas y la critica dolorosa que puede causar un asunto experimental de tanta trascendencia. Todo eso que le he narrado, me quemaba aqui, en el pecho, en la cabeza, en el corazón, no sé... me ahogaba; como un circulo de hierro me oprimia, me oprimia hasta hacerme llorar. Usted sabe por qué. La misma debilidad innata en nosotras, la predestinación de recibir las sensaciones gratas, nuestra misión, nuestro criterio algo escaso porque el ingenio lo absorbe... en fin... usted lo piensa, usted lo comprende, usted lo siente!...

VI

—Es usted—habló Claudio—bastante radical.

—Déjeme concluir—interrumpió Carlota. —Forzoso es que dé algunas explicaciones á fin de que usted no tache mis palabras con el titulo bastante antipático de «huecas». El Amor—no el amor-ilusión ni el «amor-pasión», como diria un erudito escritor contemporáneo—es á mi juicio,productor de benevolencia estrictamente pura y dentro de un circulo bastante vasto, si, pero un circulo completo, cuyo arco inflexible no se rompe; de modo que sin salida concluya por no dar á su contenido una existencia infinita. He tenido por guia de conducta incluir como un bien particular y común lo inflexible dentro de lo no-inflexible, lo absoluto dentro de lo no-absoluto. Y yo que he hecho más que comprender la fatalidad de que usted me habla, pues la he sentido, no como mia, guardo todavia para el amor una frase de aliento, un panegirico *esincero* y un concepto meditado.

Ya ve Vd., mi amigo, que no soy tan pesimista como pudiera Vd. imaginárselo, y aún cuando digo con el poeta de las rimas impecables:

Hoy como ayer, mañana como hoy
Y siempre igual.
Un cielo gris, un horizonte eterno
Y andar.... andar!

creo que bajo ese cielo gris, y dentro de ese horizonte eterno debe existir el Perdón. La vida condensada aqui, tiene en verdad y por desgracia una superficialidad y hasta una interioridad grave, mala, reprochable, pero descartemos todo eso y nos quedaremos con un fondo generoso. No siempre la carne puede ser carne, asi como el espiritu no siempre puede ser espiritu. La *rebelión* es adherente común de lo humano, y llevada con tino produce la evolución cimentada en lo menos imperfecto.

En resumen: No todo debe ser malo bajo un cielo gris, y dentro de un horizonte eterno.

VII

Claudio salió del teatro, con los pulmones secos por la asfixia; aquel aire enrarecido lo ahogaba y necesitó la frialdad del ambiente libre para despejar su cerebro inquieto. Ya en la calle divagó sin rumbo. Aquella mujer que me ha escuchado con indiferencia descarada, que no ha revelado ninguna sensación sujerida por mis impresiones, no puede ser mujer como las demás—se decia—¡Tan joven

y tan vieja! Se ha burlado de mi? Me querrá? pero no, un alma como la de ella no puede querer... no debe querer... Y aun cuando quisiera yo sería el primero en repudiarla... yo... si... hasta la blasfemia brotaría de mis labios... y ¡oh Dios! cuánto viviria si esa blasfemia como una flecha fuera á clavarse en su corazón para variarlo!

VIII

Aquella noche Claudio no pudo cerrar los ojos. La voz de Carlota zumbaba en sus oidos como insurrección de abejas.

El insomnio traia sobre sus brazos, impalpables siluetas de mujeres perversas, bosquejos de hombros dislocados, visiones luminosas, sombras palpitantes... y su cabeza, abrasada por la fiebre, parecía agrandarse... agrandarse... agrandarse... como queriendo explotar.

Desde entonces Claudio es un alma enferma que anda...

OSCAR G. RIBAS.

Enero de 1899.

¡CANTA!

Cuando mi virgen, la de negros ojos,
La de purpúrea boca,
Extática reclina en dulce ensueño
Su frente candorosa;
Mientras su nívea mano en el teclado
Las celestiales notas
Arranca, semejando los suspiros
De aura entre las hojas,
Parece que mi oído percibiera
Una voz melodiosa,
Susurrando en ternísimos concentos;
«Tu corazón la adora!»

—

Cuando mi virgen la de frente pálida,
Canta sentidos trenos,
Y por oírla su volar detienen
Las aves y los céfiros;
Mientras eleva la canora endecha
Del purísimo pecho,
Más suave que el sonido melodioso
Del eólico instrumento
Parece que la brisa modulase
Con cadenciosos ecos:
«¡El ídolo á que tu alma rinde culto
«Es un ángel del cielo!»

—

Cuando el hechizo del amor perenne
De su mirada casta,
Me finje el hado de los dulces goces
Y eterna venturanza;
Mientras de noche el pertinaz insomnio
A mi espíritu embarga,
Y pienso que me alcanzan de sus ojos
Las luces que me abrasan,
Parece que á mi lado se aproxima
Benigna la Esperanza,
Murmurando con voz arrobadora:
«¡Ella te escucha! ¡Canta!
«¡Canta á la virgen de los ojos negros
«Y de la frente casta;
«Canta, poeta, tus amorosos trenos,
«Que ella te escucha! ¡Canta!»

WERTHER.

Montevideo, 1899.

EL GAUCHO

Para G. Papini y Zás

Con pedazos de olímpicos centauros
animados por sangre sarracena,
con bravuras indómitas de oleajes
que coronan del Plata la ribera;
con rugidos de tigres de Bengala,
cual la nota estruendosa de las selvas,
al gaucho formó Dios y el poder dióle
del águila caudal, la que se eleva
solemne, victoriosa, infatigable,
del Ande altivo á dominar la cresta.
Del terrible pampero el aletazo
dióle también y la invencible fuerza
que el roble hace crujir, al ombú abate,
cual aquilón de sin igual fiereza,
y, cuando al gaucho ya formado hubo
el Dios eterno, en su soberbia diestra
puso una lanza y en su alma fuego,
y díjole después: «Tú el gran emblema
serás del continente americano
al que darás la ansiada independencia:
vé á combatir por tu sagrado suelo
que vencedor saldrás en la contienda,
vé á luchar como bueno por tu patria
y á darla con tu sangre una bandera.

L. D. S.

EN UN ÁLBUM

Á NOHÈMIE

No te haces idea del dificil apuro en que me colocas exigiéndome para tu *álbum* algunos pensamientos, algunas frases—flores pálidas—para tu guirnalda, la guirnalda que te consagran espíritus entusiastas, corazones vencidos y apasionados, almas, en fin, sumisas á las severas imposiciones de tus mágicos encantos, de tus gracias seductoras y de tus miradas que fascinan y que enloquecen...

*
* *

¿Eres ángel ó mujer? Tienes de los ángeles la bondad, la inocencia y la gracia; tienes de las mujeres el hechizo, la tentación, las sonrisas. Tus sonrisas que no tienen igual; que extremecen tus labios como si fueran dos pétalos de rosa que acariciara la brisa; tus labios, nidal de besos, búcaro de los perfumes de tu boca, broche donde se unirá á tu alma el alma del elegido de tu corazón!...

Los poetas, esos cinceladores de la frase, han dejado en algunas de las páginas de tu bello y valioso *álbum*, estrofas de luz, ritmicas como tus movimientos de náyade, brillantes como las fulguraciones de tus ojos de sultana, melodiosas como las vibraciones de tu voz hecha para cantar en competencia de alondras y ruiseñores. Y esas estrofas han perfilado tu silueta gentil, han copiado tu belleza, siendo ellas para los que no te conocen, trasunto de tu hermosura que pide mármoles de Páros y cinceles griegos para inmortalizar tus perfectísimas é irreprochables formas de Venus de Milo.

*
* *

Los prosadores han tejido afiligranados elogios que no palidecen ante las estrofas de los poetas. Todos á una loan tu belleza, tus virtudes, tus bondades, tus gracias y tus hechizos. ¡Cuántas lindas flores inmarcesibles viven en las páginas de tu *album* conservadas por tu cariño y acariciadas por tus miradas!

Estas lineas son la expresión de mis homenajes à tí; pobre homenaje en verdad! Pero al releerlas en esas horas de ocio consagradas á evocar tiempos pasados sobre los que van cayendo nevadas de olvido ¡acuérdate que mi pensamiento está siempre á tu lado y que mi corazón... es un vencido!

JUAN FRANCISCO PIQUET

1898.

LA INSPIRACIÓN

I

¿Dónde está el secreto...? Escribo, á veces, con vacilaciones y dudas; mi espiritu está ageno al tema, vuela en torno suyo, pero no le toca... el estilo es sencillo hasta la vulgaridad, el tono afeminado, el lenguaje incorrecto...

Si escribo corto, no completo el pensamiento; si largo, me engolfo, dudo, caigo en un defecto á cada instante... ¡Oh! más vale no volverlo á hacer, exclamo al fin persuadido de mi impotencia...

Si en ese instante, al través de la decepción leyera á Núñez de Arce, á Zorrilla, á Peza, Mármol, Heredia ó Espronceda, á todos, los mediria con la misma vara... la indiferencia.

¿Qué es la Literatura?... ¿Qué la poesia?... ¿Yo, escribir?—*No*.

II

¿Dónde está el secreto? Escribo sin trepidar, mi sangre se enardece, mi espíritu ha adquirido una clarovidencia que todo lo penetra. Pensé e cribir sólo una idea y me resulta un poema bien concebido sin darme cuenta de ello. ¡Cuánta *verdad* en el *fondo!* ¡Cuánta *belleza* en la *forma!* El estilo es sublime, sin afectada ostentación, ni oropeles de fingido brillo; el tono varonil, robusto y acomodado á la indole del asunto; el lenguaje, puro, correcto, fluido.

Si escribo corto, concentro en una plumada un mundo, en cada frase un universo. Si escribo largo, la amplificación no cansa, por la sin igual cadencia que hace pasar el tiempo sin sentirlo, como el susurro de la brisa, como el arrullo de las avecitas al despuntar la aurora.

¿El asunto, es de por si de poco momento? Pues allí está el ingenio para dorarlo, para enaltecer su pequeñez, para presentarlo atrayente por el vivo colorido, á pesar de su tenuidad de ala de mariposa.

¡Oh poder mágico el de la palabra y de la pluma cuando estamos poseidos de la ardiente inspiración que abrillanta, que pule, que cincela y diseña con áureos perfiles el pensamiento!...

Yo, escribir?--*Sí!*

M.

1898.

VERSOS

Para Paulita Castro

Hay una estrella en el cielo
Que ilumina mi esperanza,
Pues con mirarla ya alcanza
El alma mía consuelo.

—

A ella dirije tu ruego
En tus horas solitarias,
Que yo también en mi anhelo
Elevaré mi plegaria.

—

Ella es la imagen brillante
De nuestro tierno cariño,
Que vela cual madre amante
Nuestros ensueños de niño.

—

Y si alguna vez notaras
Que apaga sus resplandores,
¡Piensa que quien tiene amores
Lleva la duda en el alma!

—

Así que dirije siempre
A tu cielo una mirada,
Que también yo con anhelo
Elevaré mi plegaria.

G...

Enero 4/89.

SOCIALES

LAS XII

¡Dan las doce en el reloj: la luna
Suave alumbra las rejas de mi hurí,
De esa mujer que es mi ángel por fortuna
De ojos negros y labios de rubí!

—

¡Tengo por ella una pasión de fuego,
Que ella la templa con su dulce amor,
Cuando ella tierna á mi suspiro y ruego
Sus persianas las alza al trovador!

Montevideo.

Ernesto C. Velazco

Á ELLA

(Para «La Alborada»)

¿No has visto, hermosa del alma mia,
Las hojas secas que arrastra el huracán,
Y que más tarde en polvo convertidas
Entre la tierra á confundirse van?

¿Nunca has visto, mujer encantadora,
Una hermosa azucena virginal
Marchitándose al beso de la brisa
En un rojo crepúsculo estival;

Así ha enfermado mi pobre alma,
Llena está ahora de sin par dolor,
Y así como de fases cambia la luna
En desconsuelo y penas cambió mi amor.

Alberto.

DESFILE DE MODELOS

Hay imágenes que llevan con su silencio la elocuencia desbordante de lo bello; hay imágenes que condensan en un golpe de vista toda la sensación que pudiera producir un derroche de palabras.

El retrato de María Angélica Montero es una de ellas.

Púsole Dios cerezas en los labios—y en el alma las alas del amor,—y dióle á sus ojos hogueras de estrellas!—Pedazos de noche, con chispas de sol!

*** Llegó el jueves de Florida nuestro apreciable amigo y colaborador el inteligente bachiller Rafael J. Fosalba.

*** Partieron en el tren de Nico Pérez, con el objeto de pasar una temporada de campo en la estancia del coronel Urtubey, las señoritas Concepción Urtubey, Victoria Vázquez y Julia Vivas Urtubey.

*** Ha salido con destino á San José, donde permanecerá breves dias, nuestro apreciado colaborador y amigo Gregorio José Romay. Deseámosle buen viaje y pronto regreso.

*** Se halla entre nosotros, de paso para su residencia en Nico Pérez, el señor David Buchelli.

Lo saludamos afectuosamente.

*** Ha partido para la ciudad de Rocha la hermosa y distinguida señorita María Ignacia Olid, en compañía de su hermano Bernardino.

Deseámosle muchas felicidades.

*** Continúa enferma la inspirada escritora, directora de esta sección, señorita Sara Julieta Arlas.

Anhelamos su rápida mejoría.

*** Se halla entre nosotros el ilustrado y viril compatriota, doctor Juan Coustau, que, como es sabido, tiene su residencia en la vecina capital.

El doctor Coustau figura entre los colaboradores de este periódico, y muy en breve tendremos el honor de ofrecer una página suya á nuestros lectores.

Saludamos al inteligente compañero y deseámosle gratisima estadia en la patria.

*** Llegó de Melo el teniente del Ejército Revolucionario don Luis L. Marzoa.

*** Se encuentra en esta ciudad el bravo coronel nacionalista José Saura.

Saludamos al vetereno con hondo afecto.

PENSAMIENTOS

(Para «La Alborada»)

Amor: ¡flor delicada que sólo brota en el santuario del corazón!

—

Amor: ¡rocio del cielo que alimenta las flores del alma!...

—

Amor: ¡fuego divino que abrasa el corazón de los mortales!...

—

Amor: ¡música sublime que sólo saben interpretar las almas elevadas!...

—

Amor: ¡esencia divina que penetra siempre en el alma del creyente!...

G....

*** Un joven maragato ha dedicado las siguientes estrofas á nuestra colaboradora «Flor de un dia», ó por más cierto nombre, Celina Spikerman y Mullins...:

Las flores que ayer te di
En prueba de mi pasión,
Son flores del corazón
Arrancadas para ti.
Nacieron con el placer,
No conocen el dolor,
Y es muy fácil que tu amor
Las pudiera embellecer.
Son flores tan delicadas
Que ante un desdén morirán,
Bésalas! revivirán
Aún después de deshojadas.

San José de Mayo.

AL PARTIR

Abordo del hermoso trasatlántico todo es vida é inusitado movimiento. Los guinches con su mecánico traqueteo reciben la última carga, mientras se hacen los preparativos de marcha. Algunos pasajeros se despiden con lágrimas de dolor, para cruzar el Océano lleno de peligros, mientras otros rien alegremente recordando el júbilo que han de proporcionar á sus familias, las que volverán á ver tras largos años de ausencia.

La gente de abordo, en tanto, trabaja afanosamente; unos limpian la cubierta, otros, descalzos, corren lijeros de un lado á otro del buque ó suben al puente á practicar alguna maniobra con la misma agilidad que trepan por una verga á hacer flotar la bandera enredada entre el cordaje.

Las anchas chimeneas del trasatlántico dejan escapar espirales de humo que van des-

vaneciéndose á impulsos de las brisas saladas del mar.

Luego, los llamados de la bocina y los toques de campana unidos á las voces de mando del capitán, y á las trepidaciones del vapor anuncian que se pone ya en marcha.

Cuando, la proa al mar, hiende el agua, cuyas espumas salpican sus flancos, las bordas se llenan de gente que da el adiós á la tierra en que se dejan alegres recuerdos, ó tristes impresiones.

Desde la cubierta, dejando vagar la vista por la ciudad que las sombras de la noche van borrando, una joven pareja la contempla cuchicheándose al oído frases dulces y tiernas, mientras por su mente desfilan cien anécdotas de sus amores, que recuerdan gozosos, felices con la dicha presente. Y cuanto más se extasian en la contemplación de la ciudad, cuna de sus amores, testigo de sus alegrías, surjen en mayor número, los recuerdos de los coloquios amorosos sostenidos al pié de la reja ó de las frases dulces susurradas á la salida del teatro, en el baile ó en la tertulia.

Le recuerda cuando la conoció por vez primera, en el teatro, donde se encontraron sus ojos, y en donde bastó una sola mirada llena de fuego, llena de elocuencia, para que sus dos almas comprendiéndose mutuamente, se fundieran desde entonces en una, ardiente, apasionada.

Hablábale muy quedo al oído de los dias pasados al pié de su balcón, á la intemperie sin sentir sus efectos, hasta que asomaba su lindo rostro que cual nuevo arco iris, calmaba sus ansias, sus anhelos, ó sus penas.

Le recuerda también que el único lenitivo para su mal humor en los dias de tedio, en los dias grises en que su espíritu se veía invadido por vaga melancolía, era ella, su mujercita amada.

Y en el éxtasis dulce, en que están, evocando el pasado lleno de alegres reminiscencias en que nacen momentos tan preciosos, le recuerda la tarde primaveral en que por vez primera tímido aún, le dirijió la palabra para describirle con frases llenas de fuego su intenso amor; cuando escuchando de sus labios frases de pasión se embebecía contemplándola y la oía con la misma devoción con que los musulmanes escuchan á sus almuédanos.

Luego, vienen á la memoria las citas amorosas, cuando ambos en tiernas pláticas se hacian juramentos de amor eterno, cuando haciéndose mutuos reproches discutian sobre cosas nimias, con la misma candidez con que discuten dos niños, y cuando apenas hace unos dias, unieron sus destinos ante el altar de Dios.

. . . .

Las trepidaciones sordas de la máquina del vapor, se han hecho más acentuadas á causa de la mayor velocidad.

La ciudad se ha ocultado allá á lo lejos á la vista de la amante pareja, sumida en la obscuridad del crepúsculo. Las brisas frescas del mar acarician sus encendidos rostros, mientras que del sol ya oculto, sólo queda en el horizonte como huella de su paso glorioso, una claridad que va desvaneciéndose lentamente á medida que avanza la noche.

En el mar tranquilo, que aparece como dormido en ensueño, va quedando una estela de espuma que la luna matiza con cambiantes de tonos nuevos y extraños reflejos grises.

EDUARDO LÓPEZ LABANDERA

Montevideo, Enero de 1899.

CUESTIONES ETIMOLÓGICAS

(Origen y significado de los nombres propios de persona más comunmente usados)

C

CASIANO, del griego, *camarada, compañero.*

CASILDA, mujer rica.

CASIMIRO, de dos voces ilirias, lo mismo *que jefe de la casa.*

CATALINA, del griego, *pura, limpia, sincera.*

CAYETANO ó GAETANO, natural de Caieta ó Gaeta.

CECILIA, del latín, significa la de *los ojos pequeños.*

CELESTINO, CELIA, del latín, *cœlus*, procedente del cielo ó cosa celestial,

CÉSAR, CESARIO, CESAREO, del latín, nacido por incisión ó con cabellos.

CIPRIANO, del griego, *Kyprios*, habitante de la isla de Chipre hoy Candia ó Creta.

CIRIACO, del griego *Kyrios*, señor jefe soberano.

CIRILO, del griego, *Kyrillos*, diminutivo de *Kyrios*, lo mismo que *señorito*.

CLARA, pura, ilustre, resplandeciente, generosa.

CLAUDIO, del latín, *claudus*, cojo.

CLEOPATRA, del griego, *gloria del padre ó de la patria.*

CLETO, hombre escogido ó ilustre.

ESLABONES

NOTAS DE LA SEMANA

El director de esta hoja, ha recibido, y agradece, la siguiente invitación:

TIRO URUGUAYO—Buenos Aires, Enero 7 de 1899.—Señor director de LA ALBORADA.

Distinguido correligionario: Tengo el honor de invitar á usted al *Te* que dará este centro á sus asociados y copartidarios políticos, el 7 del actual, á las 9 p. m. en el local de la calle Brandzen 1579.

Con tal motivo saludo á usted atentamente.—*B. Torres Saldaña*, presidente.—*J. Aquistapace y Balestra*, secretario.

—Viene repleto de interesantes materiales el número segundo de la importante «Revista Uruguaya» bonaerense, que dirije el señor Sergio Iribar.

La prensa de nuestra campaña, ha acogido con frases de elogio al nuevo semanario nacionalista.

—*La crónica de la gran asamblea nacionalista nos obliga á postergar para el otro número no pocos originales literarios que hemos recibido de nuestros colaboradores. A ellos y á los lectores pedimos disculpa.*

—Agradecemos á nuestro estimado colega «El Pueblo», de Paysandú, los conceptos elogiosos con que honra á LA ALBORADA en ocasión de haber recibido el número 43.

—Con motivo de los brillantes discursos que ha pronunciado ante la Convención, son muchas y muy valiosas las felicitaciones que ha recibido el digno y querido correligionario doctor Juan B. Morelli.

En uno de ellos,—en ocasión de haberse omitido en dicho documento el movimiento cívico del 96, llamado la Revolución de los Comicios, del que aparece una completa y minuciosa historia en estas páginas,—tuvo el doctor Morelli un recuerdo cariñoso para LA ALBORADA y su colaborador Muñoz Miranda, por lo que, al mismo tiempo que la felicitación sincera, debe aceptar las expresiones de la gratitud que le debemos.

—Por razones de carácter intimo, ha cesado su publicación el noble y culto colega «La Lealtad», dirigido por el señor J. G. Sánchez en la capital de Flores.

Mucho nos duele la desaparición del excelente compañero, y con sinceridad expresamos nuestro disgusto, agradeciendo al colega las continuas deferencias que le debe LA ALBORADA.

—Casi todos los señores Convencionales que se hallaron, de paso á San José, en esta ciudad, han regresado ya á sus hogares.

Tenemos el honor de saludarlos y felicitarlos por el honroso término de sus tareas.

—Nos llegan nuevas del paseo campestre realizado en honor de los señores convencionales. Fué una fiesta sumamente simpática, cuya nota saliente fué la confraternización y el entusiasmo patriótico. A su terminación habló, con elocuencia fascinadora, Carlos Roxlo, el poeta sin segundo en nuestra tierra.

TRANSCRIPCIONES

«2 de Enero», de O. J. Arlas, y «A trabajar», redacción:—*El Obrero*, de Paysandú.

—«Madrigal», de Edem:—*El Pueblo*, de San Jose.

—«10 de Enero de 1875», por *El Obrero*, de Paysandú.

ASUNTOS ADMINISTRATIVOS

A los señores agentes y suscritores directos que adeudan á esta administración, se les ruega tengan á bien chancelar sus cuentas hasta el 31 de Diciembre.

El Administrador.

Enero 1.° de 1899.

Establecimiento Gráfico á vapor Convención 8?